

Lección del alumno

Esto está yendo demasiado lejos

¿Alguna vez trataste de hacer bien las cosas, cumpliendo con tus responsabilidades, evitando tener problemas, y de repente alguien comenzó a molestarte y a pedirte que hicieras algo malo? ¿Creíste que era mejor seguirle el juego, tan solo para mantener la paz?

Un hombre alto y bien parecido, de unos veintisiete años, entró a la casa de Potifar. Era apuesto, y tenía un cuerpo musculoso, acostumbrado al trabajo. Caminaba con seguridad, como si estuviera a cargo de todo lo que le rodeaba.

En realidad, José llevaba diez años sirviendo en la casa de Potifar. Al principio había sido solo uno de entre muchos esclavos, pero Potifar lo había ido ascendiendo hasta ponerlo al frente de todo.

José entró al interior de la casa. Estaba bien familiarizado con los tres pisos y con sus muebles tallados a mano. Conocía cada uno de los hermosos balcones. Sabía cuántos esclavos se necesitaban para cocinar una exquisita cena y servirla sobre un mantel dorado, acompañado de música en vivo.

José era trabajador y leal, pero más que eso, Dios parecía bendecir todo lo que hacía. Potifar se había dado cuenta desde hacía tiempo de los talentos especiales de José. En aquella casa José tuvo la oportunidad de conocer a importantes funcionarios del gobierno y a hombres muy cultos. Se sentía más como un hijo que como un esclavo. Pero todo estaba a punto de cambiar.

Al pasar a las habitaciones del segundo piso la esposa de Potifar se le

acercó como lo había hecho varias veces. José creía que ella había salido de casa ese día.

—José, ¿adónde vas tan de prisa?

Desde hacía tiempo, la esposa de Potifar había tratado de acercarse a José. Él sabía que debía salir de la casa rápidamente.

—Señora, debo irme.

José tomó rápidamente lo que había ido a buscar y se dio la vuelta, pero la señora de la casa le interceptó el paso.

—José, quédate conmigo un momento. Nadie se va a enterar. No hay más nadie aquí, solo tú y yo.

Para ese momento ya ella se encontraba muy cerca de José.

—Señora, su esposo me ha puesto a cargo de esta casa. Él ha confiado todo en mis manos, pero usted es su esposa, no una de sus posesiones para que yo me ocupe de usted. Lo que usted me pide sería también un pecado ante mi Dios.

José se dio la vuelta para retirarse, pero la esposa de Potifar lo agarró por sus vestiduras.

—¿Quién te crees que eres?

—preguntó.

José trató de huir, pero ella se aferró a sus ropas. En un instante, José se zafó y corrió tan rápido como pudo hacia su habitación, dejando la túnica en manos de la esposa de Potifar.

Aquella noche José se preguntaba qué sucedería. Las cosas le habían ido muy bien durante bastante tiempo. De ser un simple esclavo extranjero había llegado a ser el mayordomo y administrador de aquella gran casa. Pero sabía que todo iba a cambiar, así

como su vida había cambiado cuando sus hermanos lo vendieron.

José escuchó pasos que se acercaban.

—¡Váyanse y déjenme con él!

—ordenó Potifar a los guardias que lo acompañaban.

José nunca había escuchado aquel tono de voz en su jefe. Potifar entró a la habitación de José.

—Mi esposa me ha dicho que trataste de aprovecharte de ella —le dijo Potifar mirándolo a los ojos. Sus palabras estaban llenas de dolor—. Dijo que trataste de atacarla. ¿Es verdad?

—Amo, nunca sería capaz de hacer algo que afrente a tu casa o a mi Dios.

—Pero ella me mostró tu túnica, y dijo que la dejaste allí cuando comenzó a pedir auxilio.

—Mi señor, le aseguro que nunca haría algo así.

Visiblemente agitado, Potifar inclinó su rostro. Si José estaba diciendo la verdad, entonces su esposa era una mentirosa. Potifar solo tenía dos opciones: matar a José, o meterlo en la cárcel.

—Tendrás que ser llevado a la prisión real.

Potifar pidió a los guardias que regresaran.

—Lleven a José a la prisión. No lo quiero ver más.

Al salir José de la casa que había sido su hogar por diez años, recordó cómo Dios había estado con él en el pasado. Sabía que Dios continuaría acompañándolo en aquella nueva prueba. José continuaría amando al Señor su Dios con todo su corazón y respetando a aquellos a su alrededor.

REFERENCIAS

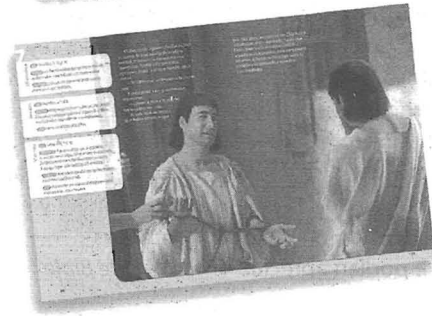
- Génesis 39: 1-20
- Patriarcas y profetas, cap. 20
- Creencias fundamentales 21, 22, 8

VERSÍCULO PARA MEMORIZAR

"Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Pero hay un segundo: Ama a tu prójimo como a ti mismo. Ningún mandamiento es más importante que estos" (Marcos 12: 30, 31).

MENSAJE

Respetamos los límites entre nosotros.



Sábado

HAZ la actividad de la página 60.

Domingo

LEE "Esto está yendo demasiado lejos".

DIBUJA una señal de tránsito. Escribe en ella el versículo para memorizar y cuélgala en tu habitación.

APRENDE Comienza a aprender el versículo para memorizar.

ORA Alaba a Dios por los mandamientos de amor que nos ha dado.

Lunes

LEE Repasa la historia de esta semana en Génesis 39: 1 al 20.

ANOTA en tu diario de estudio de la Biblia todas las señales de tránsito que recuerdes.

ESCRIBE junto a ellas de qué protegen al conductor, o de qué manera ayudan a mostrar respeto hacia los demás conductores.

ORA Agradece a Dios por sus instrucciones respecto a cómo tratar a los demás con amor.

Martes

LEE los Diez Mandamientos en Éxodo 20: 3 al 17.

HAZ En el borde superior de una hoja de papel, dibuja una señal de tránsito grande y escribe en ella: "Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser y con toda tu mente". Dibuja debajo seis señales más pequeñas, y escribe en ellas tu propia versión de los versículos de Éxodo 20: 12 al 17.

ESCRIBE junto a cada señal de qué nos protege cada mandamiento, o de qué manera cada uno de ellos ayuda a respetar a los demás.

Miércoles

LEE Proverbios 1: 10 al 19.

PIENSA Los Diez Mandamientos son límites que nos ayudan a saber cómo tratarnos con respeto y amor.

COMPARTE y discute con alguien los límites que se muestran en esos versículos.

Jueves

LEE Proverbios 3: 1 al 8.

ESCRIBE Imagina que esos versículos son una carta de Dios para ti. Escribe en tu diario de estudio de la Biblia una carta a Dios respondiendo a sus indicaciones.

ORA Lee en voz alta tu carta a Dios.

Viernes

LEE Salmo 119: 1 al 16.

COMPARTE Pide a un adulto que, si es posible, te permita leer el Salmo 119 en el culto de esta noche. Puedes turnarte con tu familia para leer secciones, hasta que hayan leído todos los 176 versículos.

COMENTA acerca de lo que dice ese capítulo respecto a los límites que Dios señala.

ORA Alaba a Dios por su amor al mostrarnos cómo respetarnos los unos a los otros.

Notas